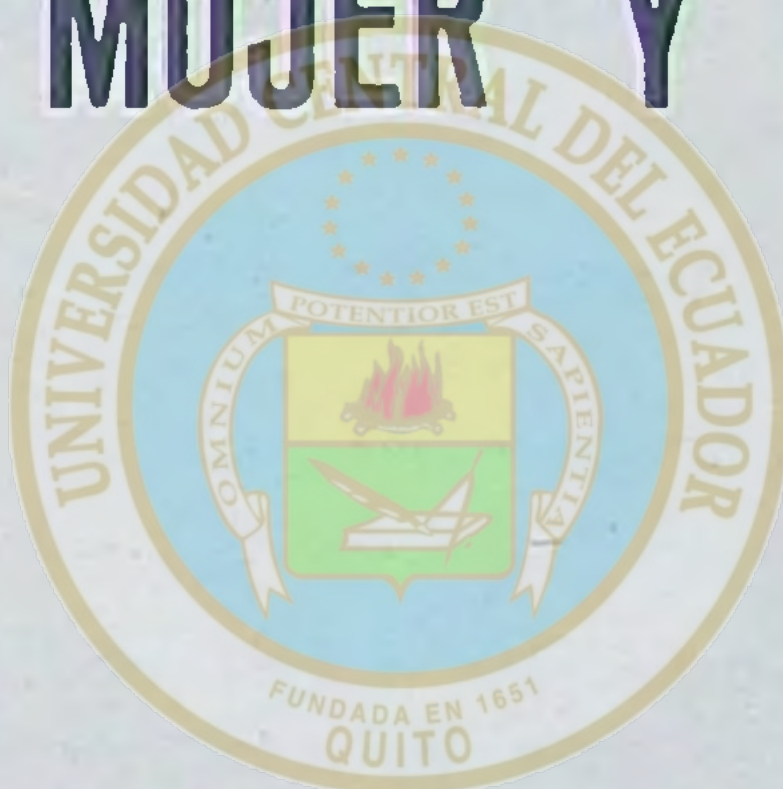


Jaime Barrera B. _____

LA MUJER Y EL DELITO



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Tesis previa al Grado de Doctor en Jurisprudencia y Ciencias Sociales _____

"Our praises are our wages: you may ride's —with
one soft kiss a thousand furlongs ere— with spur
we heat an acre".

Shakespeare, "The Winter's tale".

"Poco ama el que con palabras puede expresar
cuanto ama".

Dante, "Vita Nuova".

"Nosotras, las mujeres, por nuestra naturaleza, so-
mos inhábiles para el bien, pero los más ingenio-
sos artesanos de todos los males".

The logo of the Universidad Central del Ecuador is a circular emblem. It features a central shield with a yellow upper half containing a red torch and a green lower half containing a white book. The shield is flanked by two white banners with the Latin motto "OMNIBUS POTENTIOR EST SAPIENTIA". Above the shield is a blue arc with white stars. The entire emblem is encircled by a gold border containing the text "UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR" at the top and "FUNDADA EN 1651" at the bottom.

ARCHIVO HISTÓRICO
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Eurípides, "Medea".

INFORME DE LA COMISION QUE APROBO LA TESIS

Señor Decano:

Bajo el título "La Mujer y el Delito", el Licenciado Sr. Jaime Barrera B. ha presentado su tesis previa a la investidura de Doctor en Jurisprudencia y Ciencias Sociales.

El trabajo está dividido en tres grandes Capítulos, al través de los cuales, en nutridas y galanas páginas, se estudia, en forma metódica, el sugestivo y complejo problema de la delincuencia femenina como fenómeno social, psicológico, biológico y jurídico, con un criterio estrictamente científico, lo que revela en el autor una sólida cultura jurídico-penal, que le permite resolver acertadamente cada uno de los vastos problemas que son materia de su bien meditado y documentado trabajo.

Vuestra Comisión, después de aprobar la tesis con la nota DIEZ (Sobresaliente), deja constancia del aplauso que merece el Licenciado Sr. Barrera por el entusiasmo con que ha llevado a cabo su última tarea universitaria, la misma que, por su auténtico valor, recomendamos la publicación en los "Anales de la Universidad".

Del señor Decano, atentamente,

(ff) **Alberto Arroyo—Celso O. Vásconez—Manuel Bustamante.**

LA MUJER

CONDICION TRAGICA DE LA VIDA FEMENINA



Abunda la literatura en torno a la mujer. Quizás es la literatura que más abunda, ya que es difícil recordar una obra literaria en cuyo escenario ella no ocupe sitio principal. Y sin embargo, de la literatura a la vida real —conceptuando como tal a la vida ante la ley y a la esencia misma biológica— hay una enorme distancia. En este caso, la condición de la mujer es todo lo injusta posible. Nada bello hay en su aspecto. Nada halagador hay en su contenido.

El profesor ruso Nemilow ha escrito a este respecto un libro revelador: "La tragedia biológica de la mujer". Desde su peculiar punto de vista de hombre de ciencia de un país en revolución, con pretensiones de definitiva, este profesor rechaza categóricamente la teoría de la "inferioridad de la mujer", a la que considera "un miembro de la sociedad con plenitud de derechos como el hombre". Si hacemos abstracción de la situación política de quien dice estas cosas, no podemos dejar de reconocer la verdad de sus pala-

bras. Pero es un hombre de ciencia, y como tal no incurre en la equivocación de creer a la mujer **igual** al hombre. Son dos unidades equipotenciales, dice, en las cuales la carga biológica se halla desigualmente repartida, tocando en este reparto a la mujer una cuota desventajosa. La estructura social evolucionada que contemple las razones de la biología, podrá permitir a la mujer suavizar su yugo biológico y realizar plenamente su equipotencialidad frente al hombre.

Y con estas frases nos encontramos ya en el centro de la tesis que nos hemos propuesto demostrar: hay en la mujer una tragedia biológica y una tragedia social. Un funcionamiento orgánico que la naturaleza ha determinado diferente, y que la humanidad se ha encargado de hacer plataforma de dominación.

La especie humana se divide en dos clases fundamentales: hombre y mujer. Es una división determinada por el sexo. La función sexual, medio único para el gran fin de la perpetuación de la especie, se desarrolla con la cooperación de los dos sexos. Mientras el hombre aporta su gameto para fecundar el óvulo femenino, y queda inmediatamente libre de responsabilidad biológica, la mujer aporta además su vida entera. La función del hombre terminó inmediatamente, y la función de la mujer no hizo sino iniciarse.

Porque desde la fecundación del óvulo, empieza a existir otro ente: el embrión humano, al que la madre tiene que cuidar con su calor, alimentar con su sangre, proteger con sus secreciones. Durante todo el tiempo de gravidez, las energías totales de la madre están dedicadas al embrión y su organismo se transforma en consecuencia. La vida de ella se pone al servicio de la promesa humana, y su misión no termina con la expulsión del feto. Esta expulsión constituye "una catástrofe biológica que conmueve todo el organismo" y el equilibrio vital de ese organismo no se restablece sino después de algún tiempo. Pero el proceso continúa, y es la madre la que tiene que alimentar el organismo de su hijo. Sus energías vitales siguen dedicadas al sostenimiento de una vida ajena, y sigue dándose a expensas de su propio sacrificio orgánico. El hijo se independiza ya, crece y marcha lejos. Pero el sacrificio biológico de la madre continúa sin interrupción el proceso, renovado, siempre al servicio de la especie. Periódicamente acumula óvulos

aptos, periódicamente expulsa óvulos muertos, en un vaivén sanguíneo y sangriento que no cesa sino a los cuarenta y cinco años. Entonces, cumplida la misión, el organismo empieza a marchitarse.

Nada de ello conoce el hombre. Su organismo se mantiene intacto y su paternidad no es sino un episodio pasajero. La responsabilidad biológica es nula y el sacrificio orgánico ha sido ignorado.

La mujer, en tanto, vive atada por y para el sexo. Sus cuatro etapas vitales se determinan alrededor de su funcionamiento sexual: 1ª—Desde el nacimiento hasta la primera ovulación; 2ª—Desde la primera ovulación hasta el primer acto sexual; 3ª—Desde el primer acto sexual hasta la edad crítica; 4ª—Desde la menopausia hasta la muerte. Estas cuatro etapas bien podrían llamarse los cuatro actos de la tragedia de la mujer, comparación que sería agradable si no fuera tan terriblemente trágica la vida de la protagonista.

Bastará por ahora dejar consignados estos detalles, sin ahondar en su estudio, pues eso nos alejaría del carácter e intención de este trabajo. Es la primera comprobación que dejamos en el camino, para recogerla cuando sea oportuno.

Esta tragedia biológica se proyecta exteriormente, determinando también una tragedia social para la mujer. "El hombre y la mujer, dice Nemilow, son como el miope y el présbita que, colocados en la misma localidad de un teatro, solamente disfrutan de una igualdad formal".

La vida social se halla condicionada por el hombre para su interés. En realidad, hasta hace poco tiempo, la mujer no existía para el derecho y para el Estado. Y si a veces existió, fué con la aclaración de "relativamente incapaz". No es posible, tampoco, reclamar una igualdad de la mujer, pues toda consideración legal debe basarse en la situación biológica. Pero es necesario, al mismo tiempo, dar a la mujer la personalidad social y jurídica que determinan su especial psicología, su especial biología.

En una palabra, es necesario reconocer su categoría humana.

La mujer es un ser distinto al hombre, y así lo han comprendido todos en mayor o menor grado. El hombre por sí solo no lo es todo, y así lo han comprendido menos. "Y es

que, acostumbrados a mirar a cada sexo aisladamente, dice Nóvoa Santos, no nos percatamos de que el total ser **humano** no es sólo el hombre, ni tampoco la mujer aislada, sino, conforme lo hizo notar agudamente Kant, **el hombre y la mujer reunidos**, amasados en una unidad de orden superior: la pareja humana¹.

No es suficiente ver a la mujer. Hay que comprenderla también. Y para ello hay que modificar radicalmente el punto de vista que, como un sedimento, nos han dejado los siglos, a tal punto que, para emprender en esa tarea se necesita realizar una verdadera revolución, cuando lo que debió suceder naturalmente era una evolución serena. (La batalla feminista de la última época coincide y tiene caracteres iguales a los de la revolución rusa).

Desde las más viejas épocas, la opinión masculina —influída por la opinión religiosa— ha sido adversa a la mujer. Aristóteles la clasificaba ya como una evolución detenida, como un fracaso de la naturaleza en su intento de hacer el hombre.

Será interesante que emprendamos en un viaje histórico hacia atrás para ver cómo ha ido variando en los pueblos la situación de la mujer.

El Código de Hammurabi nos habla de la posición elevada de que disfrutaba la mujer entre los babilonios. En Egipto también goza de una situación igual. En Grecia, por el contrario, se reduce el sitio ocupado por la mujer. Esta gran civilización que ha asombrado al mundo occidental, ofrece a este respecto un espectáculo poco grato. La mujer depende económicamente del hombre y, por consiguiente, su situación es más o menos la del esclavo. La mujer es considerada como un objeto, susceptible de tener dueño y de ser vendida. No es menester recordar, por otro lado, las frases deprimentes y francamente despreciativas que dedican a la mujer Hesiodo, Simónides, Hipponaz, Platón, Píndaro, Luciano, Tucídides, Antífanos, Menandro, Isómaco, Aristófanes, etc.

Sin embargo, Grecia conoció el esplendor de la cortesana y la cultura griega sufrió su influencia. Pero la cortesana era la mujer de la calle, de la vida externa, de la superficie, de lo episódico. La mujer de la casa, esposa, hijas, era un valor pasivo, una especie de ente sagrado, sí, pero por lo mismo un objeto de propiedad particular. El

hombre guardaba celosamente a la matrona dentro de las paredes del hogar, y era el único que transitaba y deliberaba en el ágora. La mujer vivió en dependencia económica y, por lo mismo, la moral siguió un sendero de fisonomía masculina.

De Grecia arranca todo el proceso de la cultura occidental, más o menos modificado en lo posterior por Roma, por el cristianismo, por las conquistas guerreras y por las conquistas científicas. Con la llegada de Roma a la historia de la civilización, llega un nuevo concepto legal a colocarse sobre la cabeza de la mujer: la **potestad**. La patria potestad primero, del jefe de familia sobre todos los que de él dependen, la potestad marital después, del marido sobre la mujer. Un derecho absoluto que confería poder hasta para dar muerte a la mujer. Pueblo guerrero y cultura de hombres, en Roma la mujer vivió al margen de la vida.

El cristianismo aparece arrastrando consigo un concepto envilecedor de la mujer. Y el cristianismo será la religión que en adelante determine las características de la cultura occidental.

Para el cristianismo la mujer es de naturaleza vil, porque es la encarnación de aquella fatal Eva de las Escrituras. Tertuliano acusa a la mujer de haber destruido "esa imagen de Dios que es el hombre".

Y esa situación va agravándose cada vez más, conforme va perfeccionándose la cultura de Occidente en manos de los hombres. A fines del siglo XVI, una mujer casada no podía testar ni disponer en vida de sus bienes raíces, sino obteniendo el consentimiento del marido, y aún así realizando una verdadera trampa legal.

En un escrito inglés anónimo de 1632, dice textualmente el autor: "A todas ellas se las supone casadas o por casar, y sometidas en sus deseos a la voluntad de sus maridos, y contra eso no conozco ningún remedio, aunque algunas mujeres se den traza de hallarlo. Las leyes comunes se dan aquí la mano con la voluntad divina".

Las palabras son claras y no hacen sino revelar el pensamiento de la época. Época que, con poca variante, es todavía la nuestra. En los escritos de hace veinte o treinta años podemos encontrar material suficientemente abundante para probar esta afirmación.

Doña Concepción Arenal, en 1895, se queja de que "las leyes civiles consideran a la mujer como menor si está casada, y aún no estándolo, le niegan muchos de los derechos concedidos a los hombres". Y coincide esta escritora española con doña María Martínez Sierra ("La mujer española ante la República") cuando expone esta queja sobre una injusticia, notable también en nuestra legislación: "Si la ley civil mira a la mujer como un ser inferior al hombre, moral e intelectualmente considerada, ¿por qué la ley criminal le impone iguales penas cuando delinque? ¿Por qué para el derecho es mirada como inferior al hombre, y ante el deber se la tiene por igual a él?" La autora misma se encarga de responder con palabras que son la más fuerte acusación contra la injusticia: "Porque la conciencia alza su voz poderosa y se subleva ante la idea de que el sexo sea un motivo de impunidad: porque el absurdo de la impunidad de las mujeres toma aquí tales proporciones que le ven todos: porque el error llega a uno de esos casos en que necesariamente tiene que limitarse a sí mismo, que transigir con la verdad y optar por la contradicción. Es monstruosa la que resulta entre la ley civil y la ley criminal; la una nos dice: eres un ser imperfecto, no puedo concederte derechos. La otra: te considero igual al hombre y te impongo los mismos deberes; si faltas a ellos, incurrirás en idéntica pena".

¿Quién se atrevería a refutar con lógica estas palabras escritas por una mujer? También lo hace en idéntico sentido que doña María Martínez Sierra, Gina Lombroso, y ninguna de las dos se cuenta entre las figuras conductoras de aquel feminismo inglés que, con tan desagradables caracteres ha conocido el mundo. No es, por lo mismo, un alegato feminista el que estamos haciendo, sino comprobando, sencillamente, una verdad social que perjudica a una parte de la humanidad y que demuestra el sentido trágico que hemos asignado a la mujer. Estamos viendo solamente, que en nuestro tiempo hay todavía "leyes que parecen escritas con una lanza, costumbres formadas en el campamento romano y opiniones salidas del castillo feudal".

Suavemente y sabiamente analiza Simmel esta situación contradictoria: la de la mujer viviendo sin vivir en un mundo de hombres. Desmenuza, en las páginas de un libro

fundamental, todos los elementos de la feminidad, arranca de las relaciones entre los dos sexos las conclusiones precisas, buscando siempre el modo de definir a la mujer como categoría, sin dejar nada por recorrer ni tampoco por decir.

"Nuestra cultura —sostiene— en realidad es enteramente masculina —con excepción de muy escasas esferas—. Son los hombres los que han creado el arte y la industria, la ciencia y el comercio, el Estado y la Religión. Y si todo el mundo cree en una cultura puramente "humana", indiferente a la dualidad sexual, es porque todo el mundo ingenuamente identifica "hombre" con "varón" y hasta en algunos idiomas se usa la misma palabra para los dos conceptos" "Con frecuencia se afirma que las mujeres no tienen sentido jurídico y manifiestan antipatía por las normas y las sentencias del derecho. Pero no hace falta interpretar este sentimiento como una oposición al derecho en general, sino sólo al derecho **masculino**, único que poseemos y que, por lo tanto, nos aparece cual el derecho absoluto —como igualmente **nuestra** moral histórica, la moral de un tiempo y de un lugar, nos parece realizar cumplidamente el concepto de la moral en general".

Pero no se limita Simmel a comprobar la existencia de esta situación. Avanza más allá, a buscar la razón de ella, su causa íntima. Y **la encuentra** en el modo cómo entran las dos categorías —hombre, mujer— a la relación humana, y en la importancia que concede cada parte a la otra. Y así dice, el sexo masculino que ha ocupado siempre una posición directriz y que se siente a sí mismo por completo, se ha convertido en el sinónimo de la humanidad. Sus pensamientos masculinos sobre lo que existe, no establecen la dualidad sexual; y cree que la norma que traza es perfectamente aplicable a todos los seres vivientes.

El hombre avanza hasta exigir de la mujer algo particular: la feminidad, que para él no es "un modo de ser peculiar, con su centro propio, sino una índole especial, orientada hacia el varón para agradarle, servirle y completarle".

El hombre se siente un centro natural de todo lo viviente y es, además, "un ente dispuesto, definido, tanto en lo interno como en lo externo, para la división y por la división del trabajo. La individualidad masculina, que produce seres unilateralizados, buscará, pues, en la mujer el

complemento de sus cualidades, es decir, buscará en ella otro ser diferenciado que realice ese complemento en los grados más variados, desde la igualdad aproximada hasta la radical oposición; el particularismo propio de la individualidad masculina exige de la mujer un particularismo correlativo".

Así va profundizando Simmel en la esencia del problema que nos ocupa, investigando sin disonancias todos los aspectos de la tragedia, con esa cualidad suya tan sorprendente de encontrar natural y lógicamente la explicación de un fenómeno, hasta llegar a lo que reputamos como el punto central de su análisis:

"Por eso, dice, desde otro punto de vista, en la manifestación histórica particular, esa relación con el hombre le aparece a la mujer como importantísima, como, por decirlo así, el lugar sociológico de su ser metafísico. En cambio, al hombre, cuya sexualidad específica no se actualiza más que en la relación con la mujer, esa relación le aparece como un elemento de la vida entre otros, sin el carácter indeleble que para la mujer posee. Y la relación del hombre con la mujer, a pesar de su importancia decisiva en la sexualidad masculina, carece para el hombre de la trascendencia vital que la mujer le atribuye".

Aquí, en esta interpretación sexual, está indudablemente, el nudo gordiano de la cuestión; está el origen y la explicación de la situación de la mujer, y es lo mismo que Nemilow llamaba "La carga biológica desigualmente repartida". Y sobre ello volveremos a insistir repetidamente a lo largo de este trabajo, con palabras propias o ajenas. El sexo, que para el hombre es un aparte placentero y sin complicaciones en la vida, es para la mujer la vida misma. Y eso condiciona su vida social y su consideración jurídica. Porque el sexo, que liga inevitablemente la vida de la mujer a un episodio —que es fugaz para el hombre— la coloca en situación de inferioridad respecto de él.

De lo que se llega a intuir cuál es la diferencia de mentalidad entre las dos categorías sexuales. Diferencia que se muestra, para Simmel, más clara, en lo que dice relación con el concepto y realidad de la libertad. "La libertad, continúa, que muchas veces sólo encuentra el hombre fuera de la conducta moral, encuentra la mujer en sí misma —concedemos todas las excepciones particulares de

este modo de ser típico e histórico—; pues libertad quiere decir que la ley de nuestras acciones es la expresión de nuestra naturaleza propia”.

Con estas palabras llegamos ya a la verdadera conclusión buscada: la mujer se encuentra, por razón de su ser, por razón de su naturaleza, y por razón de la naturaleza social, en condiciones de inferioridad respecto del hombre. La biología, ayudada gratuitamente por la historia, por la religión y por estrechos conceptos morales, ha hecho de la mujer un animal doméstico, que sufre con relación al hombre y con relación a la sociedad, del complejo de inferioridad.

Las mujeres están al servicio de los hombres, y por eso se explican muchas anomalías de su vida, intolerables para un espíritu que analiza los hechos sin más guía que el sentimiento de humanidad. Por eso se explica, por ejemplo, “el problema deshumano de la prostitución”, y las exigencias que la virtud y el honor de los demás imponen a la mujer que ha caído en falta.

Una frase tiene la doctora argentina María Lacerda de Moura que resume admirablemente la fatalidad del problema: “Muchos siglos serán necesarios para que el hombre deje de ser animal salvaje. Muchos siglos viviremos antes que la mujer deje de ser animal doméstico”.

Por eso no es de admirar que, como observa Bebel, “no registra la historia movimiento alguno ni agitación importante en que las mujeres no hayan tomado parte activa como combatientes o como mártires”. Porque el sentido de inferioridad que doblega a la mujer hace que en esas ocasiones de crisis históricas, busque la válvula de escape que restaure en algo el equilibrio, así sea mostrando la feroz crueldad de las mujeres de la Revolución Francesa, o la iluminada cruzada de Juana de Arco.

Y con otra frase de Bebel queremos cerrar el primer momento de esta tesis: “La mujer es el primer ser humano víctima de la servidumbre. Ha sido esclava aún antes de que hubiese esclavos”.

Esencia trágica de la vida de la mujer, tanto en lo biológico como en lo social, será la que determine, como más adelante comprobaremos, las peculiaridades de su conducta ante la ley y ante la sociedad en los momentos de desequilibrio que conducen al delito.

BIBLIOGRAFIA

"El sexo en la civilización".—Edición dirigida por V. F. Calverton y S. D. Schmalhausen. Con una introducción de Havelock Ellis. Versión española de R. Cansinos Assens.—Aguilar, Madrid, 1930.

ARENAL, CONCEPCION.—"La mujer del porvenir".—T. IV de la Colección de obras completas.—Victoriano Suárez. Madrid, 1895.

BEBEL, AUGUSTO.—"La mujer en el pasado, en el presente y en el porvenir". México, 1938.

CLIMENT, F. de R.—"La prostitución clandestina".—Eds.—Claridad, Buenos Aires.

LAZARTE, JUAN.—"Sociedad y prostitución".—Prólogo de María Lacerda de Moura.—Rosario, (Argentina), 1935.

LOMBROSSO, GINA.—"El alma de la mujer".—Traducción de R. Cansinos-Assens.—Valencia, 1926.

NEMILOW, A. W.—"La tragedia biológica de la mujer".—Aguilar, Madrid, 1926.

NOVOA SANTOS, R.—"La mujer, nuestro sexto sentido y otros esbozos".—Biblioteca nueva, Madrid, 1929.

SIMMEL, JORGE.—"Cultura femenina".—Revista de Occidente, Madrid, 1934.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL
PSICOLOGIA FEMENINA

Hemos visto en el Capítulo anterior cuál es la situación de la mujer colocada en el medio social, y las consecuencias fatales que para ella se desprenden de su constitución física, de su misión biológica y de su debilidad orgánica. Y habíamos llegado a la conclusión de que esas consecuencias merecían el calificativo de trágicas.

Era y es necesario ese Capítulo para el plan de esta tesis. Nos va a servir como introducción para el estudio de la mujer, previo al análisis de la manifestación delictuosa femenina, tal como queremos conducir.

Siguiendo este deseo y este plan lógico de desarrollo, parece que es imprescindible entrar al estudio íntimo de la mujer, de su mentalidad, de su modo de pensar y de reaccionar a los estímulos, para entonces encontrarnos aptos

para comprender el delito femenino. Vamos a estudiar, pues, la psicología de la mujer, así tomada en general, como categoría biológica, **la** mujer, y no **una** mujer.

Y al iniciar ese estudio, nos encontramos con una rotunda frase de Camilo Mauclair: "La ignorancia de la psicología femenina alcanza proporciones increíbles en la mayoría de los hombres", afirmación que vamos a procurar vencer para poder seguir adelante.

En primer lugar, tenemos que partir de una verdad previa, que será luego demostrada a lo largo del Capítulo: la psicología femenina es enteramente distinta de la psicología masculina. La medida de ésta no es de ninguna manera la medida de aquella, y por lo mismo, para comprender a la mujer, es necesario abandonar o despojarse de las verdades masculinas, porque la mujer nos ofrecerá otra clase de verdades.

Sistematicemos el trabajo y dividamos en Capítulos esta psicología. El primero será el estudio de la **Percepción sensorial y la memoria en la mujer**. El criminalista italiano César Lombroso, que ha realizado un extenso estudio sobre la mujer delincuente, investigando pacientemente caso tras caso y anotando cuidadosamente, los resultados de su investigación, se inclina a afirmar que la percepción sensible es en las mujeres menos desarrollada que en los hombres.

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Esta afirmación de Lombroso, a pesar de la autoridad científica de su autor, no puede ser aceptada llanamente, porque sería como destruir una verdad que todos los días se presenta ante nuestros ojos, y que nos dice que la mujer ve en un golpe hasta los detalles más insignificantes de lo que tiene ante sus ojos. Es conocida y proverbial la habilidad de las mujeres para describir el modo de vestirse y las particularidades del vestido, de una persona que vió apenas pocos segundos.

Y hay autores que se enfrentan decididamente a la opinión de Lombroso, como la tratadista Laura Marholm, que habla de la observación rápida como de una cualidad eminentemente femenina. Y Mill que afirma la "percepción rápida y correcta del hecho presente" por la mujer, y avanza hasta la conclusión de que "una mujer ve de ordinario mucho mejor que un hombre lo que está inmediatamente delante de sus ojos".

En cuanto a la memoria, la mujer divide inmediatamente los hechos en dos clases: aquellos que le interesan directamente, y los que no le interesan. Para los primeros, tiene una memoria correcta. Los hechos colocados en el segundo grupo, los olvida con suma facilidad. Una mujer toca al piano, de memoria, muchas piezas de música, y, sin embargo, puede tener mala ortografía.

Los sentimientos.—Es seguramente lo más complicado de la psicología femenina el capítulo de sus sentimientos. La mujer está completamente subordinada a sus sentimientos y éstos forman un verdadero laberinto, caprichoso, abundante, variable, confuso. Es el complejo rico de sentimientos lo que hace aparecer a la mujer, desde el punto de vista masculino, y según la observación de Simmel, como un "todavía no"; como "una promesa incumplida, como una nonnata muchedumbre de posibilidades oscuras, que no han logrado apartarse del tronco común y diferenciarse unas a otras lo bastante para hacerse visibles y tangibles". Es por eso, por esta indestructible unión de las "posibilidades oscuras", por lo que la mujer es una unidad más cerrada, más perfecta que el hombre. Y es por esto también, por esa fuerte unidad que la obliga a someterse íntegramente a una reacción sentimental, por lo que la mujer se caracteriza especialmente.

Esta característica es fuente de rasgos y maneras de ser sumamente curiosas, mejor estudiadas por algunas mujeres que por muchos hombres. Así, Alejandra Kolontay, mujer de la revolución rusa, se indigna por la subordinación de la mujer al sentimiento, y encuentra allí la razón de ser de la manifestación de los celos, que ella califica airadamente como la revelación de "sus más bajas cualidades de esclava".

Pero es sobre todo en las páginas de Gina Lombroso donde mejor está estudiado este aspecto del alma femenina. La inteligente escritora, hija del criminalista italiano, nos da una clave clara y precisa —y por venir de ella, una mujer, indiscutible— para comprender la vida sentimental de la mujer.

La mujer tiene necesidad de amar a algo o a alguien, y por ello, por esta imperativa necesidad, la mujer se subordina siempre a alguien, depende de los otros. Que es lo

mismo que ya expresó Marión ("Psychologie de la Femme"): "La mujer no es casi nunca indiferente, no está un minuto sin amar y odiar alguna cosa o a alguno, sin tener alguna emoción en el corazón".

De este hecho se derivan consecuencias importantes. En primer lugar, un instinto de altruismo, que, siendo una necesidad de la especie, significa desplazar el centro vital fuera de sí misma. Es un alterocentrismo, por el cual, la mujer concentra sus placeres y ambiciones en una diferente persona: el marido, el padre, los hijos, el amante, etc., con los que sufre y con los que goza sin que, fuera de ellos, sea capaz de crear o gozar. Lo que se traduce al mismo tiempo, en una necesidad de apoyo, de orientación, de dirección, sin que esta necesidad esté indicando, de ninguna manera, una inteligencia inferior. Certestamente esclarece la señora Lombroso este problema, cuando dice que "la inteligencia de la mujer cífrase, no en el razonamiento, sino en la intuición. . . . De suerte que cuanto más inteligente es la mujer, tanto más necesitada se halla de apoyarse en una inteligencia diferente de la suya que la complete e ilumine".

Esta violencia sentimental conduce a la mujer a manifestaciones también violentas. En su "La Psychologie des Femmes", dice Heimans que "reaccionan emotivamente a excitaciones mucho más débiles; y a las mismas excitaciones, por emociones mucho más fuertes que los hombres".

Con lo que tenemos que la fuerza sentimental ha conducido a una mayor emotividad en la mujer, que explica aquellas particularidades de ciertos sentimientos como el amor y la religiosidad, característicos de la vida femenina.

El amor y la religiosidad, que son como los dos polos sobre los que gira la mujer. Está hecha por el amor y para el amor. Su necesidad de amar es necesidad vital, que se condensa y cristaliza en su innato sentimiento de maternidad.

El sentimiento religioso se apodera, también, de la inteligencia de la mujer, precisamente debido a este alterocentrismo que encontramos antes, a esa necesidad de apoyo, por lo cual llega a aceptar fiel y ardientemente el dogma que explica, o que no explica, los misterios de la naturaleza. A este respecto, Marion llega a decir paradójica-

mente: "Ella es mística y ardientemente creyente hasta en la irreligión".

Esta vida intensamente sentimental de las mujeres, revelada hasta en los más insignificantes detalles domésticos, determina un fenómeno alternativo de excitación y de melancolía, claramente observable, que explica Vachet con estas palabras: "Dos caracteres fundamentales distinguen la psicología de la mujer: por un lado el predominio del sistema vegetativo sobre el sistema muscular, de las funciones de nutrición sobre las funciones motoras, de lo que se deriva, en el plano de la psicología, la tiranía de las reacciones afectivas; y por otro lado, la inestabilidad del equilibrio neurovegetativo, la predisposición a los cambios periódicos que acompañan al ciclo de la ovulación y que afectan tanto a la mentalidad como al conjunto de las funciones orgánicas".

El sentido moral.—La construcción intelectual de la mujer, su misma subordinación al sentimiento y a la intuición, determinan un característico modo de ser, que no puede ser juzgado o comparado con el concepto masculino de la moralidad.

La justicia, en abstracto, por ejemplo, sin relación con persona alguna, es inconcebible casi completamente para la mujer. Necesita relacionar la idea con un objeto para comprender su utilidad o bondad. Y, sin embargo de esta imprecisión del sentido moral, la mujer se mantiene siempre en un plano moral elevado, trazado desde antes de la vida por su esencial misión biológica y seguido por ella instintiva e intuitivamente. El concepto de justicia exige razonamiento de la inteligencia; el concepto de generosidad nace de un impulso del corazón. Y en la mujer, como dice Mill, la generosidad alcanza un nivel más elevado que en el hombre, lo que se explicaría con la frase de Gina Lombroso, que dice que la conducta de la mujer se ajusta más a la intuición que a los dictados racionales.

Un rasgo universal del temperamento femenino es su vanidad y su coquetería. Rasgos de raíces más profundas de lo que la idea superficial de ese fenómeno puede sugerir. La coquetería de la mujer y su vanidad son juegos de atracción sexual, perfectamente explicados por Marañón y todos los sexólogos, que han encontrado amplio desenvol-

vimiento en la vida de la mujer, a tal punto, que su estudio ha dado profundas páginas a Simmel ("Filosofía de la coquetería"), y de que su crítica es un perfecto lugar común masculino. Cuando el Corán habla de la mujer, se expresa en estos términos: "Es un ser que crece entre sus alhajas y sus vestidos y que siempre se querella sin ningún motivo".

Mantegazza señala otra peculiaridad femenina: "Una de las propiedades psicológicas de las mujeres es su fuerte inclinación a la economía". En efecto, la mujer ama el dinero, la riqueza, cualquier forma de propiedad. Es la madre de la humanidad, y su instinto la hace buscar en todo momento la seguridad de su prole, presente o futura.

Ya Cicerón lo decía: "Avarum mulierum genus", y San Agustín calificaba: "tentationem pecuniæ". Pero es indudable que esta avaricia femenina, este deseo de adquirir riqueza, choca con la sentimentalidad y la emotividad que hemos señalado en párrafos anteriores. Es demasiado sordida la avaricia, aun cuando ligera, para que sea una cualidad innata de un ser sentimental, por lo que debemos explicar con Heimans, que este sentido económico es una cualidad sobreañadida, como medio de defensa para su secular dependencia económica.

El alterocentrismo de la mujer, su dependencia fatal de otros, y su temperamento emocional y su inteligencia intuitiva producen una serie de consecuencias psicológicas. En primer lugar, la mujer no puede conciliar sus pasiones con sus intereses y, como al mismo tiempo tiene confianza ilimitada en sí misma, se origina de ello una intolerancia que llega al despotismo, un espíritu de dominación que la hace pasar por egoísta, y un amor propio que puede llevarla a cualquier desatino.

La confianza en sí misma es producto de la asociación de sus pasiones y sus intuiciones. Por eso la mujer es rápida en el obrar, espontánea, a pesar de tener grandes crisis de indecisión. La intuición dirige a la mujer, y la intuición no admite pérdidas de tiempo, ni admite dudas o vacilaciones. Por eso nace la obstinación y la parcialidad femeninas que originan el espíritu de dominación, que Stuart Mill opina que es un producto de su egoísmo. Quien sabe si, como opina la señora Lombroso, este espíritu es perfec-

tamente lógico, necesario para la realización de las principales funciones femeninas: la maternidad y la familia.

Otra cosa característica de la mujer es su facilidad para dejarse llevar de la cólera y para sentir los celos. En épocas de esclavitud se ha dicho que las mujeres eran el mayor peligro para los esclavos, por la facilidad con que se dejaban apoderar de la cólera. Y, además de esta facilidad, la mujer siente el rencor más profundamente. La mujer ejerce siempre la venganza. Mme. Rieux decía que "es preciso ser mujer para saber vengarse".

Y con la cólera y la venganza están relacionados inmediatamente los celos. Los celos, que las mujeres sienten especialmente con relación a otras mujeres, pueden perfectamente ser un producto ancestral, originado de la eterna lucha que las mujeres han sostenido por la conquista del hombre, a pesar de su aparente situación pasiva. Los celos originan todas las tragedias del alma femenina, y ya vimos antes, cómo Mme. Kolontay los calificaba de cualidad de esclava. Y Diderot afirma sin reticencias: "Yo he visto el amor, los celos, el odio, la superstición, la cólera, llevados en las mujeres a un punto que el hombre no experimenta nunca".

Y, por último, la mitomanía femenina, que Lombroso y Ferrero atribuyen a estas ocho causas: atavismo, menstruación, debilidad física, pudor, lucha sexual, deseo de interesar, sugestibilidad y deberes de maternidad. Por lo demás, la mujer tiene un agudo sentido del honor, educado desde hace siglos en torno a la función sexual, y una débil noción de lealtad, producto también de su sensibilidad y su intuicionismo. La mujer, además, tiene una tendencia al vicio, menor que el hombre, pues su estructura moral, religiosa, le sirve de apoyo y de sostén. Pero cuando este apoyo llega a faltar, o cuando la intuición falla, la mujer se encuentra sola, desalentada e indecisa, pudiendo entregarse entonces a todos los excesos.

Al revisar el sentido moral de la mujer, hemos tocado elementos que nos servirán para comprender mejor la inteligencia de la mujer. Hablamos de su altruísmo, o de su alterocentrismo, que le hace depender siempre de otra persona o de otra cosa. Esta característica hace desenvolverse en ella lo pasional en forma absorbente y determina un tipo especial de inteligencia: la intuición.

Debido a su intuición y a todos esos elementos, la mujer siente confianza en sí misma, es espontánea, adopta rápidamente una actitud —aun cuando tenga que arrepentirse de ella más tarde—, lo que le hace ser obstinada, puesto que su intuición no vive de la lógica ni de la experiencia.

De esta obstinación nace gradualmente, ya lo hemos dicho, la intolerancia conocida de la mujer, que se confunde para ella, a menudo, con el amor propio, con esa cosa deleznable y susceptible que tanto le hace sufrir y que, como los sentimientos que le dan origen, está fuera del razonamiento.

Hemos llegado así, al punto preciso en que debemos estudiar el capítulo más importante de la psicología femenina: la **inteligencia**.

Con estos elementos podremos comprender bien la afirmación hermosa y certera de la señora Lombroso, cuando dice: "las ideas penetran en nosotras, las mujeres, por el corazón, no por la cabeza; y el corazón no tiene como la cabeza, medidas métricas, comunes denominadores, con arreglo a los cuales determinar exactamente la magnitud e importancia de las impresiones que recibe".

Con estas palabras, la autora citada en realidad define el tipo de inteligencia de la mujer: inteligencia intuitiva, es decir de observación, o sea, percepciones y representaciones (de objetos y procesos, de experiencias propias; imágenes de recuerdo, fantasía, analogía, etc., descritas por Binet y Bäumker especialmente).

Este tipo de inteligencia, diferente completamente de la inteligencia masculina, ha dado lugar a un equívoco secular, según el cual la mujer es inferior al hombre y menos inteligente que él. Como el hombre no encontró en ella el mismo tipo de inteligencia, ni las mismas reacciones a iguales estímulos espirituales, dictaminó en consecuencia que la mujer tenía menos inteligencia. Que era un ser inferior. Y ya hemos visto, en el capítulo primero sobre la tragedia social de la mujer, algunos juicios despectivos tanto en la antigüedad clásica como en la ciencia moderna.

Ya hemos visto explicado esto por Simmel en páginas anteriores, cuando dice que "la feminidad, desde el punto de vista masculino, aparece como un todavía no, como una promesa incumplida", y ha sido siempre este punto de vista masculino el que ha dificultado la apreciación de la mu-

jer. No hay que medirla con medidas masculinas, hay que buscar en ella su propia medida.

Sin esa precaución, se puede caer fácilmente en el juicio, por lo demás general, del profesor español —de la "España nueva"—, Alvarez de Toledo, quien dice: "Las mujeres parecen desde luego mucho menos inteligentes que los hombres, como lo demuestra el hecho de lo poco que han brillado en el cultivo de las distintas artes y ciencias". (Haría que añadir, de las artes y ciencias masculinas).

Bien explica la situación de los dos sexos en este aspecto, la frase de Simmel: "El hombre, con sus más apasionadas necesidades, está, pues, pendiente de un ser de quien le separa quizá el más hondo abismo metafísico". No es capaz la mujer, como el hombre, de separar el cerebro del corazón. En todos sus actos, aún en aquellos en que se requiere solamente una razón fría y mecánica, la mujer pone su pasión, su especial y característica manera de ser. El matrimonio Curie —sabios químicos que merecieron los más altos honores— nos presenta la comprobación exacta de cuanto hemos dicho. Quizá mejor químico él, pero silencioso, frío, reconcentrado, cerebralizado mientras dura su trabajo. Mujer ella, entusiasta, apasionada, en la casa o en el laboratorio realiza igual faena y se entrega por entero a su obra.

Tendremos que acudir nuevamente a Simmel para explicar el mecanismo de esta conducta: "... en la mujer la periferia está más estrechamente unida con el centro y las partes son solidarias con el todo, que en la naturaleza masculina. Y así resulta que cada una de las actuaciones de la mujer pone en juego la personalidad total y no se separa del yo y sus centros sentimentales".

Y añade el filósofo: "Este modo de ser unitario de la mujer, explica así mismo el segundo rasgo que queríamos citar. Es éste la gran susceptibilidad de las mujeres, que se sienten ofendidas más pronto y más fácilmente que los hombres. No porque los elementos y estructura de su alma sean más débiles o tiernos, sino porque la insuficiente diferenciación, la unidad compacta de la naturaleza femenina no le permite, por decirlo así, localizar un ataque".... "Y así resulta que la agresión a un punto determinado invade bien pronto toda la personalidad y, naturalmente, llega a herir otros puntos del alma muy sensibles y dolorosos".

¿Es capaz de originalidad y de genialidad la mujer? He aquí una pregunta difícil que siempre ha sido contestada adversamente a la mujer. Originalidad y genialidad, pero ¿cómo? A la manera del hombre, ciertamente que no. Ya hemos visto el caso de los esposos Curie, dos diferentes tipos de originalidad y de genialidad investigadora. Se dice que la mujer aprende música, pintura, poesía y que ninguna se ha hecho inmortal en esas artes; que la ciencia de la educación ha avanzado por los hombres; que en las ciencias exactas, físicas y naturales, los hombres han sido los creadores e impulsadores.

Bastaría para desvirtuar tales observaciones, citar los nombres de las poetisas, pintoras o compositoras que ha habido; de las educadoras, de las mujeres de ciencia que se han distinguido. Pero bien, es innegable la menor cantidad de mujeres, comparada con el número de hombres, que se han destacado en las artes y las ciencias. Esto, ¿se deberá en realidad a una menor inteligencia, a una falta de capacidad creadora y de genialidad? ¿O se deberá simplemente a la condición secular de la mujer, de dependencia moral, económica y espiritual? Porque es indudable que el hábito de trabajo mental que hace el genio, necesita siglos de tradición, que faltan absolutamente en la mujer y sobran en el hombre.

Y esa condición de dependencia, si no ha permitido desarrollar la inteligencia, ha creado en cambio una pseudo inteligencia en la mujer: la imitación. Tiene un gran poder de imitación, y durante mucho tiempo todo su esfuerzo se ha dirigido a romper esta característica, diferenciándose siquiera sea en lo exterior, en la originalidad de la moda. En lo moral e intelectual, se manifiesta claramente esa capacidad imitativa, que le hace aceptar una sugerencia, o seguir una corriente determinada. Hay un proverbio inglés que revela la fuerza de esa capacidad de imitación: "Hacen falta ocho o nueve generaciones para hacer un **gentleman**, pero cuatro o cinco bastan para hacer una **lady**". (Esto no solamente es un indicio en la psicología de la mujer, sino también un signo de la psicología del pueblo inglés).

Las características más notables de la inteligencia de la mujer son: su imaginación más ligera por la mayor facilidad para las asociaciones representativas, de donde la superioridad sobre el hombre en la locución: habla más

pronto la niña, habla más la mujer, y habla más la anciana. La mujer, en cambio, tiene menos afición que el hombre a expresarse por escrito.

De lo anterior deducimos otra característica: su precocidad. La niña es más lista, más apta, comprende mejor que el niño, y ya hemos visto que empieza a hablar antes que él.

La intuición femenina determina además un automatismo mental. Ya la ilustre escritora francesa, Mme. de Staël decía: "Las Mujeres llegan de un salto, o no llegan". La mujer es rápida en sus concepciones, en sus adivinaciones mejor, a tal punto que parece un mecanismo instintivo su adopción de medidas. Mientras que el hombre llega a ello razonando y meditando, la mujer ha llegado "de un salto". De esto nace también la facilidad de la mujer para la burla, para la ironía y para la astucia.

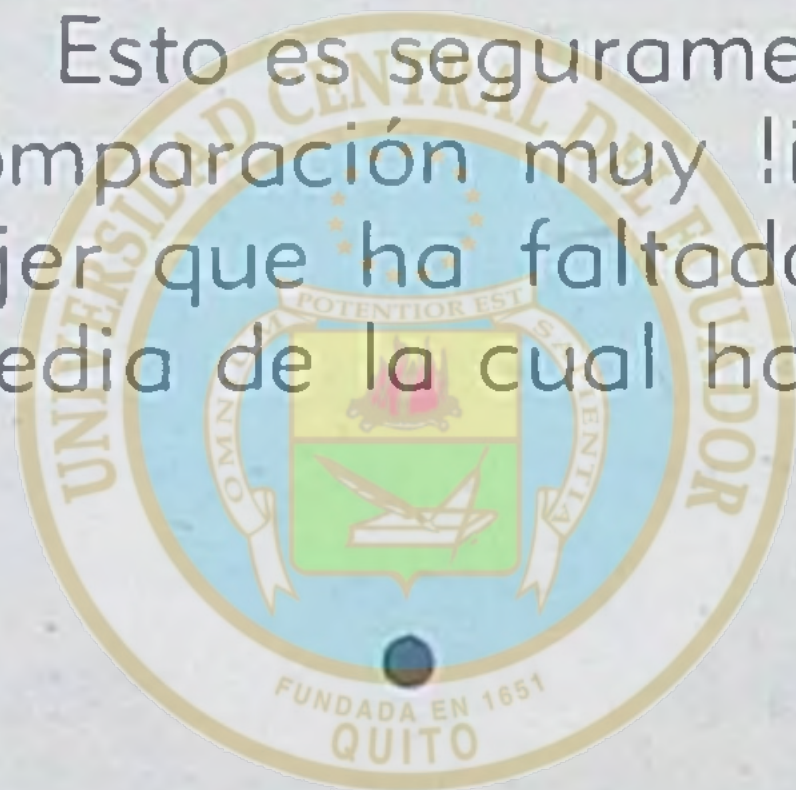
De su capacidad de imitación, la mujer obtiene también una gran capacidad de asimilación intelectual. Y sobre todo una especial posibilidad para el análisis, que ha hecho decir a Laffite: "En general, la mujer parece más impresionada por el hecho que por la ley, por la idea particular que por la idea general".

En conclusión: a la mujer le falta la tradición intelectual necesaria para llegar a tener espíritu creador, de investigación y genialidad, pero tiene más rapidez de asimilación, mejor intuición, facilidad para el análisis crítico y mayor habilidad manual.

Voluntad y actividad.—Habíamos dicho ya que la coincidencia del temperamento pasional y de la inteligencia intuitiva, da a la mujer un sentimiento de confianza en sí misma, que le hace obrar con espontaneidad y rapidez. Y que sin embargo de esto, la mujer sufre grandes y constantes crisis de indecisión. La razón de ello, dice la señora Lombroso, es que "la mujer se ajusta en su conducta a la intuición y no a los dictados racionales. La intuición es cosa que se tiene o no se tiene; y cuando no se le posee es inútil afanarse llamándola, como se hace con el razonamiento. El hombre, acostumbrado a decidirse según los dictados del razonamiento, anda siempre dudoso, reflexiona larga y maduramente antes de decidirse a obrar y no está nunca plenamente seguro; pero no conoce las

tormentosas crisis de indecisión por que pasa la mujer". Marion explica el mismo fenómeno, diciendo que las mujeres no llegan fácilmente a decidirse, y lo que se lo impediría sería no una falta de motivos, sino más bien una sobreabundancia de ellos, cuya rápida alternancia hace la elección difícil.

La mujer, como lo hemos visto anteriormente con las observaciones de Simmel, arrastra toda su persona en la realización de sus actos, no se divide como el hombre, y por lo mismo, pone más seriedad en el cumplimiento de sus deberes. Pero ya hemos visto también que, cuando le falta ese apoyo exterior que su naturaleza busca, o cuando falla la intuición, la mujer es capaz de los mayores extremos, a los que el hombre llega raramente. Y así, los criminalistas atestiguan que una vez llegadas a la comisión de un crimen, las mujeres reinciden en el delito con más frecuencia que los hombres. Esto es seguramente lo que hace decir a Gottz, con una comparación muy ligada a las cosas femeninas: "Una mujer que ha faltado una vez a lo esencial, es como una media de la cual ha saltado una malla".



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Al empezar este capítulo de la psicología femenina, habíamos dicho que teníamos que despojarnos del punto de vista masculino y de las medidas masculinas para ver y medir a la mujer. Pero al terminar el estudio de esa difícil psicología, hemos comprobado que no ha sido posible ese despojo y ese abandono de lo masculino preconizado tan seriamente. No es posible porque para ello habría que desnaturalizarse. Y por lo mismo, a cada paso hemos ido haciendo la comparación entre lo femenino y lo masculino, para de esa contraposición sacar el rasgo característico, siempre naturalmente dejando como unidad eterna lo masculino.

Esto del encumbramiento de uno de los dos términos de la comparación es un fenómeno corriente y usual, en cualquiera de las relaciones que se hacen para comprender el sentido y el valor de un determinado elemento. Se sacrifica uno de los dos para definirlo mejor aunque imponiénd-

dole la norma del primero. "Todas las grandes parejas, dice Simmel, que se dan en el espíritu —yo y el mundo, sujeto y objeto, individuo y sociedad, reposo y movimiento, materia y forma, y muchas otras más—, han corrido la misma suerte: uno de los términos ha adquirido un sentido amplio y profundo que abraza no sólo la propia significación estricta, sino también la del término contrario. La relación fundamental en la vida de nuestra especie es la de lo masculino y lo femenino. También aquí se verifica ese encumbramiento típico de uno de los dos términos a significación absoluta. Para estimar la productividad y la índole, la intensidad y las maneras de manifestarse del varón y de la mujer, recurrimos a determinadas normas de esos valores. Pero esas normas no son neutrales, no se ciernen a igual distancia de los opuestos sexos, sino que pertenecen íntegramente a la masculinidad".

Por esto se explica, por ejemplo, la diferente acogida que tienen los estudios sobre la mujer, que satisfacen al hombre y disgustan a la mujer, cuando el autor es un hombre; y lo contrario, cuando el autor es una mujer.

Para Simmel, de quien la cita insistente es indispensable, la mujer es "propia **mente el ser humano**, puesto que mantiene su sustancia en los límites de la humanidad, mientras que el hombre es **mitad bestia, mitad ángel**". Y por esto, a pesar de su intolerancia, obstinación, absolutismo interior, abandona "al principio masculino la tarea de fijar y determinar el mundo objetivo, suprasexual, el mundo teórico y normativo que se contrapone al yo".

Todo ello nos lleva a comprender la verdad, y a aceptarla, de la afirmación final: "**La** mujer es más fácil de definir que **el** hombre; pero **una** mujer es más difícil de definir que **un** hombre".

Y aquí hemos intentado definir a **la** mujer y no a **una** mujer. Por obligación y por imperativo de la ley del menor esfuerzo.

BIBLIOGRAFIA

ALVAREZ DE TOLEDO Y VALERO, RAMON: "La criminalidad femenina en España y su estudio comparativo con la masculina".—Boletín de la Universidad de Granada.—Nº 47, febrero de 1938.

BONCOUR, G. PAUL.—"Trastornos caracterológicos y delincuencia".—Archivos de Medicina Legal.—Buenos Aires, Mayo-Junio de 1939.

HAGUE, JUAN LUIS.—"La emoción violenta como causa de exención de la responsabilidad penal".—Revista del foro, Lima, Abril-Junio de 1938.

KOLONTAY, ALEJANDRA.—"La mujer nueva y la moral sexual".—Ediciones Hoy, Madrid, 1931.

LOMBROSO, GINA.—"El alma de la mujer".

LOUDET, OSWALDO.—"La pasión en el delito" (Tesis).—Buenos Aires. 1917.

MIRA LOPEZ, EMILIO.—"Estudio analítico de las personalidades psicopáticas".—Revista penal de la Habana, N° 2, Febrero de 1939.

ROJAS, NERIO.—"Estadística de alienadas delincuentes".—Archivos de Medicina Legal, N° 5, Noviembre-Diciembre de 1934, Buenos Aires.

VAN DEN VELDE, th. h.—"El matrimonio perfecto".—Editorial Claridad, Buenos Aires.

VACHET, PIERRE.—"El enigma de la Mujer".—Madrid, 1931.



SITUACION DE LA MUJER ECUATORIANA

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

a) Condiciones en que vive

Para saber en qué condiciones materiales vive la mujer ecuatoriana, no tenemos más que mirar delante de nosotros en la ciudad o en el campo, en la sierra o en la costa, en la suntuosa "villa" o en la miserable casa del arrabal. No tenemos, en conclusión, sino que ver y comprender la realidad que nos rodea.

Hay un pequeño núcleo de población, en las ciudades principales, sobre todo, que vive en la abundancia, con toda clase de comodidades, conociendo el lujo e ignorando la pobreza. Mujeres que saben de música, pintura, poesía, que conversan agradablemente, que visten según los modelos de los grandes modistos internacionales y concurren invariablemente por las noches a poner la nota brillante en los clubs nocturnos, en los salones de baile, en los bares y

restaurantes de lujo. Pequeña minoría que ignora el peso del trabajo y que no conoce la angustia del vivir cotidiano.

Otro grupo, más numeroso, más extendido en el país, de mujeres pertenecientes a las clases medias, a las que el creciente costo de vida ha obligado a salir del habitual reposo de las labores de mano domésticas, para correr en busca de un trabajo "decente", que permita acrecer el presupuesto familiar o siquiera que cubra los gastos individuales. Es una clase de mujeres, en la que se cuenta desde la empleada de oficinas públicas y particulares, hasta la maestra de escuela, sin olvidar tampoco a la señorita que hace labores de costura dentro de casa para venderlas en la calle por medio de agentes diversos. En su gran mayoría estas mujeres persiguen, sobre todo, cubrir las apariencias, aún a costa del sacrificio de sus más apremiantes necesidades. Son mujeres que miran más hacia arriba que hacia su plano o hacia abajo.

Luego viene la mujer de pueblo, aquella que concurre a los hospitales gratuitos, aquella que da a luz en las casas de maternidad gratuita, aquella cuyo cadáver va al anfiteatro anatómico para estudio de los estudiantes de primer año de medicina, porque no hay nadie que se haga cargo de él o porque no hay nadie que pueda pagar los gastos de entierro. Esa mujer que trabaja doce o quince horas diarias para ganar un jornal de miseria, que vive en lúgubres tugurios, que come mal y que tiene hijos todos los años. Esta clase de mujer es la más numerosa y la más fecunda en tipos de estudio. En tipos de hospital, de manicomio, de prisión o de prostíbulo.

Esta es, en líneas generales, la situación en que vive la mujer ecuatoriana. Es un análisis social vertical, de arriba para abajo, y a pesar de la enorme distancia que media entre el primero y el último término de la escala, hallaremos en todos ellos rasgos comunes, producto de una educación colectiva tradicional y de una herencia también tradicional.

Los médicos han hecho el estudio biológico e higiénico del pueblo ecuatoriano. El Dr. Pablo Arturo Suárez, en extensos y constantes estudios, ha puesto al desnudo una verdad dolorosa, la gran verdad de nuestra pobre realidad, la inferioridad biológica de nuestro pueblo. "Este conjunto humano —dice— miserable, de nuestro país, llámesele in-

dio, proletario o como se quiera, se encuentra en realidad, a un nivel muy bajo, degradante, ofensivo para la categoría de hombre".

El Dr. Enrique Garcés dice por su parte: "La vivienda del trabajador urbano es mala, antihigiénica, antihogar, inadecuada y odiosa. La vivienda campesina no es sino una mal disimulada continuación de la intemperie".

El Dr. Suárez ha dividido a los pobres del Ecuador en 6 clases: dos urbanas, dos campesinas, a las cuales se añade una urbana industrial y una campesina manufacturera. El criterio que ha guiado para esta división es estrictamente económico: primera clase, los que disponen de una renta menor de treinta sucres (el 15% de la población); segunda clase: los que tienen una renta superior a treinta sucres pero inferior a ciento (un 18% de la población); tercera clase urbana, los obreros industriales, cuyo jornal fluctúa entre los sesenta centavos y los tres sucres diarios. Campesinos: primera clase, los que tienen \$ 212,20 al año, o sea quince centavos diarios por persona (Pichincha y Tungurahua); segunda clase, los que tienen \$ 15,16 de renta mensual por individuo; tercera clase, campesinos manufactureros.

Todos ellos ganan muy poco, sufren hambre, beben alcohol; y lo que se dice de los hombres puede aplicarse indistintamente a las mujeres. En la clase obrera urbana, señala el Dr. Suárez estos datos: En Quito hay 1.500 obreros, de los cuales el 32% son mujeres, y la mayor parte de esas mujeres menores de 20 años. El 46% del número total de obreros tiene instrucción primaria de tres años, el 27%, instrucción primaria completa; el 12% instrucción de uno o dos años y el resto analfabetos.

La mujer en cinta representa en todo momento el 5% de los trabajadores. Sólo en contadas fábricas se protege la situación de la mujer embarazada, y la protección consiste en licencia de ocho días antes del parto y tres semanas después, con medio jornal. En las demás fábricas se expulsa a la mujer embarazada.

En las clases campesinas, el porcentaje de analfabetos es altísimo, llegando a veces hasta el 80%.

El higienista ecuatoriano, Dr. Suárez, que ha hecho estos estudios, llega a la siguiente conclusión: "índice vital, índice físico y mental, reducidos. Constituyen estas

clases bajas de nuestro pueblo, en la Sierra una raza en plena decadencia en franco retroceso, una raza enferma. Nuestro proletario se halla en hipoevolución, dice. Su valor biológico como grupo humano en acción se halla, hoy por hoy, a la luz de la higiene y de la biología, anulado".

No es pues de sorprenderse, que las reacciones de las mujeres pertenecientes a estas clases sean primitivas, que la superstición haga fácilmente presa en ellas, que su estructura moral sea leve.

En cuanto a las mujeres de la clase media, viven otra vida. El censo hecho por la Caja de Pensiones en 1935, nos dice que en esa fecha había 3.205 mujeres empleadas en cargos públicos. De entonces a estos días, se puede muy bien suponer que ese número ha triplicado, lo cual unido a las mujeres empleadas en oficinas particulares, puede perfectamente dar un número de 10.000 mujeres empleadas.

Diez mil mujeres que trabajan, la mayor parte de ellas en educación, y la mayor parte de ellas solteras. Los sueldos más frecuentes, según el mismo censo, son los de cincuenta a cien sucres, siguiendo luego, en orden decreciente, los de 101 a 200, los menores de 50 y los de doscientos uno a trescientos, que son los más escasos.

Es decir, que el sueldo de las mujeres empleadas oscila entre cincuenta y trescientos sucres, para hacer una vida que representa, en realidad, más de cuatrocientos sucres. El 80% de las mujeres de esta clase, que trabajan, se halla ante este problema: un sueldo que no alcanza para cubrir las apariencias decorosas que exige la ubicación social. Y estas mujeres viven sacrificando sus necesidades biológicas y de comodidad doméstica para mantener brillante la portada, o atormentadas por deudas que crecen día a día. Hasta que viene cualquiera de estas dos soluciones: matrimonio o unión ilícita con el hombre que pueda sostener económicamente la pareja. De esta clase salen las queridas de lujo, las amantes de los hombres ricos, y las prostitutas de categoría. De esta clase nacen también las madres burguesas, modelo de virtudes y matronas severas de la familia ecuatoriana.

Esto en cuanto a la realidad de la población de la sierra, de sus campos y de sus ciudades. Tal vez también de las grandes ciudades de la costa. Pero el campo, la aldea y la realidad general de la costa son otras. En la costa el

alma colectiva e individual es diferente, y la situación económica también. El medio geográfico es radicalmente distinto que el de la sierra, y las manifestaciones biológicas y psicológicas de sus habitantes lo mismo.

José de la Cuadra nos va a servir de guía en nuestra exploración de la maraña tropical de la costa. El montuvio es el tipo popular de la costa caliente y húmeda, y a él nos vamos a referir en este esquema.

La familia montuvia, dice de la Cuadra, es una unidad prieta, aislada, o casi aislada, que sigue sus destinos sin vinculaciones con otros grupos familiares. La familia gira en torno de la madre, antes que del padre, en lo afectivo. El ayuntamiento marital estable se ejerce casi siempre fuera de la institución civil del matrimonio, y a pesar de ello o por ello, las uniones son más duraderas; tienen origen en la atracción sexual, se llenan de contenido económico y terminan cuando acaba la vida.

La mujer montuvia no necesita del contrato civil o de la bendición sacerdotal para ser fiel a su hombre. Su monoviria es una constante psicológica y la prostitución es fenómeno desconocido, que se produce por determinantes individuales no sociales, y siempre con escándalo. La prostituta montuvia tiene una característica especial: es un tenorio que elige y que se impone, y no una mujer que acepta y que recibe. La prostituta montuvia es casi siempre la mujer sacada del agro y transportada fuera de su medio, a las ciudades generalmente, en donde busca esa solución para sus problemas económicos: los burdeles de la ciudad consumen carne montuvia, pero de mujeres desorientadas porque han perdido su seguridad al ser trasplantadas. La mujer montuvia, cuando está en el agro, no busca en la prostitución el remedio para su mala situación económica.

Para el montuvio no existe el mito de la virginidad ni la prohibición del incesto. Es un hombre eminentemente sexual, pero no perverso. El hijo deja de ser un parásito familiar a los siete años, en que sale él también a trabajar para ayudar la economía doméstica.

Dos motivos principales hay para la criminalidad montuvia: el alcohol y el ansia sexual. Pero por encima de todo ello, está su concepción particular de la justicia, que le asemeja al vengativo habitante de la Italia meridional.

Bajo la etiqueta teórica de catolicismo, existe en realidad, una serie de normas de superstición, de idolatrías, de multitud de creencias. El montuvio es un panteísta.

BIBLIOGRAFIA

Caja de Pensiones del Ecuador: "Segundo Censo de Empleados".—Quito, 1935.

CUADRA, JOSE DE LA: "La vida montuvia".—Revista Bloque, Nº 5.—Loja, 1936.

GARCÉS, ENRIQUE: "Por, para, del niño".—Talleres gráficos de Educación.—Quito, 1938.

SUAREZ, PABLO ARTURO: "Contribución al estudio de las realidades entre las clases obreras y campesinas".—Imprenta de la Universidad Central, Quito, 1935.

b) Fuerzas que la mueven: Religiosidad y cultura

El capítulo anterior nos ha proporcionado el conocimiento de la base económica de la realidad social ecuatoriana. La gran mayoría de la población vive en un estado de miseria tremendo, hasta hacer temer una anulación total del índice biológico, según afirman los hombres de ciencia que han hecho ese estudio. Este conocimiento económico, unido al conocimiento psicológico especial que hemos hecho antes, nos ayudará a comprender los resortes espirituales que determinan la conducta del hombre ecuatoriano, singularmente de la mujer ecuatoriana.

En su estudio sociológico de la nacionalidad ecuatoriana, don Jesús Vaquero Dávila, prestigioso hombre de letras, colocó en la primera página la siguiente afirmación: "Entre los pueblos que se distinguieron desde los tiempos coloniales por su culto a la libertad y por su espíritu religioso y singularmente artístico, Quito, como el Cóndor de sus montes, domina las alturas en la historia del Continente Americano".

Analicemos esta afirmación a la luz de la historia ecuatoriana, y con un frío espíritu de investigación, desapasionado e imparcial. Efectivamente la historia nos enseña que

Quito fué la ciudad en donde primero se lanzó la idea revolucionaria contra la metrópoli española, de todo el continente hispanoamericano. Ese Diez de Agosto patrio, que valió a la ciudad el sobrenombre de "Luz de América" fué en realidad, una protesta airada de personajes de la clase alta, de los criollos pertenecientes a la nobleza, al clero, a la alta burguesía, que se sentían postergados por los privilegios de que gozaban exclusivamente los españoles de la misma clase, llamados "chapetones". No fué, en principio, un movimiento popular. Fué una escisión de clase, que hizo que los americanos se alzarán contra los españoles. De ahí arranca la tradición del "culto a la libertad".

El proceso de nuestra historia nos demuestra algo muy distinto. La vida política ha sido una sucesión de caudillos, salidos casi todos de la clase militar —heredera de las jornadas de la independencia— o de la montonera revolucionaria. El poder político de la nación ha bamboleado de un hombre a otro, sin normas constitucionales que señalen su rumbo, y siempre o casi siempre, ha sido el dictador, el tirano, el déspota, el que ha regido los destinos de la Nación. Fuerte fué, a pesar de todo, la gestión de Rocafuerte. Tiránica y despótica la de García Moreno. Expeditiva la de Alfaro. De resto, viven en la historia entremezcladas las sombras de generales acostumbrados al golpe de Estado y de doctores a quienes la sensatez nacional quiso conservar inútilmente.

Sin embargo, la tradición del "culto a la libertad" ha subsistido íntegra y orgullosa. ¿Por qué? Porque cuando algún caudillo llegaba a hacerse insoportable, siempre había otro que conspiraba para desplazarle. El cuartelazo frecuente ayudó a la tradición, y el desenfreno político en que vivió el país contribuyó a darle autoridad de realidad.

Pero, en lo hondo, y por razones biológicas y económicas ya estudiadas, no había —y no hay— tal "culto a la libertad". Había y hay un libertinaje constante, una indisciplina cívica abrumadora, un desbordamiento insensato e inconsciente. Aquello de que el ecuatoriano no ha soportado tiranos no pasa de ser una hermosa leyenda, desvirtuada paso a paso por la historia. Pero, en la subida del tirano, o en su caída, había siempre un desenfreno popular, un pillaje físico y espiritual, que ha engañado a historiadores y sociólogos.

Triste es afirmarlo, pero nuestro pueblo ha conocido libertinajes de toda índole, pero ha ignorado siempre la Libertad. Libertad es armonía, es concepto elevado de vida, es elegancia espiritual. Y nuestro pueblo, aherrojado dentro de su miseria económica y biológica, encerrado en una obscuridad continua, no ha podido nunca llegar hasta aquella noble y culta concepción de vida que significa la libertad.

Pueblo inculto el nuestro, sólo ha conocido el desbordamiento primitivo. Sus reacciones psicológicas han sido —no podían ser de otro modo— elementales e instintivas. Por eso, el segundo contenido de la afirmación que estamos analizando es perfectamente válido: espíritu religioso.

El cristianismo se sobrepuso, al principio, a la religión aborígen. Aprovechó el sentimiento religioso indígena para aclimatarse y prosperar. Luego, con el mestizaje, la religión cristiana continuó entrando sin explicación en esas conciencias primitivas, hasta convertirse en un fanatismo reacio a toda transacción. Y por eso el cura de aldea llegó a convertirse en "tayta" (padre) cura, y en factor político de importancia.

Las comunidades religiosas y el clero, explotando el fanatismo popular, llegaron a acumular cuantiosas fortunas, a convertirse en terratenientes privilegiados, a obtener rentas pingües, mientras la masa popular vivía en la miseria, agobiada por el hambre y acusando un paulatino descenso del índice biológico.

Hasta aquí tenemos dos hechos: libertinaje, producto de incultura, y fanatismo, de igual origen indudablemente. El tercer contenido de la afirmación: espíritu artístico, tiene un anverso y un reverso interesantes. Efectivamente, el hombre de pueblo, el mestizo y el jornalero indígena, tienen un relativo espíritu artístico. Albañiles, talladores en madera, talladores en piedra, artesanos, han construido aquellas maravillas de nuestra arquitectura colonial. Abunda además, el cantor callejero de coplas y villancicos. La música indígena y popular es variada y abundante. Los tejedores de telas dibujan motivos decorativos que llaman la atención.

Pero eso es todo. Y aún eso es, como lo demás, instintivo. Sin cultivo ni preparación sistemática. Es un espíritu artístico sin espíritu artístico, aun cuando esta afirma-

ción parezca paradójal. Es un trabajo forzado en que se recrea el subconsciente ancestral, haciendo cosas cuya inspiración viene de no se sabe dónde.

Lo mismo puede decirse de esa discutida "escuela quiteña" de pintura, en que, al calor de la protección conventual, brilló también el genio de la raza, casi instintivamente en unos casos, o aprovechando excepcionales condiciones individuales aisladas, en otros. Pero, en realidad, no hubo "escuela" de pintura. Hubo, sí, abundante producción pictórica y escultórica, en gran parte mediocre, y en pequeña parte bien realizada.

Así hemos descompuesto, pues, la afirmación inicial, y con todo esto y lo expuesto en capítulos precedentes, podemos pesar el valor de las palabras siguientes del mismo tratadista: "este pueblo participa de la naturaleza grandiosa y volcánica que le sustenta y de la altivez étnica de sus progenitores". No es del caso, por lo demás, hacer un estudio ecuatoriano de sociogeografía, ni de arrancar a la etnografía nacional conclusiones de ninguna clase.

Hemos completado, así, en la medida que este trabajo lo permite, una visión general del ambiente en que vive la mujer ecuatoriana. Ella también, como es natural, participa de iguales características humanas, y por su especial naturaleza psicológica, acentúa ciertos rasgos y atenúa otros. La mujer ecuatoriana participa desde luego, de las características señaladas que son, por otra parte, comunes a las mayorías femeninas de todos los países americanos: escasa cultura y abundante religiosidad.

Si hacemos un corte vertical de nuestra sociedad, observaremos en el elemento femenino cómo varía la intensidad de esas características. En cuanto a cultura, aumenta de abajo hacia arriba, encontrándose en la burguesía y en la aristocracia la mayor cantidad de mujeres con alguna lectura y con alguna educación. Sobre todo en la burguesía, cuyas hijas, acuciadas mayormente por la limitación económica, deben hacer estudios superiores a los de la escuela primaria, para obtener una profesión o un oficio. En la burguesía acomodada y en la aristocracia, el número de mujeres que educan su espiritualidad y afinan su inteligencia es menor a pesar de la mayor holgura económica.

Este proceso se observa en lo que hemos dado en llamar el asunto cultural. En cuanto al segundo elemento, la

religiosidad, podemos observar que no existe ningún cambio en este corte vertical: la misma poderosa fuerza mueve a las mujeres de abajo y a las de arriba. Tal vez un poco más de elegancia en las clases en que abunda el dinero y un poco más de grosería espiritual en las que carecen de él; pero en el fondo, todas las mujeres son esencialmente religiosas y, aún, fuertemente fanáticas.

El popular tipo femenino de la "beata" ecuatoriana, es común a todas las clases sociales. La procedencia social de la beata no es exclusiva de ningún estamento, y su mezquindad, sordidez, hipocresía, espíritu de sacrificio y puntualidad religiosa, son un símbolo, bastante desagradable, del segundo aspecto del espíritu de la mujer ecuatoriana.

Estos dos elementos, o fuerzas que determinan la actividad de la mujer: escasa cultura y fuerte religiosidad, dan por resultado una situación interesante. La mujer vive una vida sedentaria, retirada, entregada a las faenas domésticas, en subordinación económica con respecto al hombre, que va incubando en ella, y transmitiéndose de generación en generación, un complejo de inferioridad, que reacciona en el momento propicio en forma violenta. A la mujer de esta época, puede aplicarse sin restricciones aquella afirmación de Agramonte, dedicada al ecuatoriano de la época garciana: "El ecuatoriano de esta época sufre una acentuada psicosis religiosa de carácter depresivo".

Por eso, porque carecen del tiempo necesario para meditar sus reflexiones, según M. Casanova, y porque reaccionan contra su complejo psíquico, no es sorprendente la presencia de numerosas mujeres en los desórdenes callejeros. Nuestros motines, nuestras "revoluciones", siempre han presentado el espectáculo de las mujeres marchando adelante, desgredadas, sangrantes, audaces, capaces de crueldades inauditas que horrorizarían a un hombre. No estuvo ausente la mujer en el arrastre del General Alfaro y en su holocausto.

Y sin embargo, como lo han comprobado las estadísticas, la mujer conserva su religiosidad en el crimen. Es un sentimiento que se agranda o disminuye, pero que no desaparece nunca. Es un sentimiento independiente de la delincuencia.

BIBLIOGRAFIA

AGRAMONTE, ROBERTO: "Biografía del Dictador García Moreno".—Habana, 1935.

AGUERO CORREA: "Aspectos de nuestra delincuencia femenina".—Rev. de Ciencias Penales, Nros. 18, 19 y 20. Enero-Junio.—Santiago, 1938.

GRANIER, C.: "La femme crimminelle".—París, 1906.

VAQUERO DAVILA, JESUS: "Aspectos sociológicos de la nacionalidad ecuatoriana".—Quito, 1930.

c) Prostitución en el Ecuador y su significado

Al hablar de la mujer, es preciso tocar este Capítulo, y abordarlo libre de prejuicios, a fin de obtener una visión clara y completa de ella. La prostitución es algo al margen de la sociedad; pero es, al mismo tiempo, algo que existe en todas las sociedades. Es una institución tan vieja como la civilización, dice Hutington Cairns y no más vieja porque no se la conoce entre los salvajes.

Esta afirmación nos va a llevar a descubrir el origen de la prostitución. El salvaje no la conoce, nos dicen los tratadistas que han hecho estudios en las tribus del Africa central y de ciertas islas de la Polinesia. ¿Por qué no llega el salvaje a conocer la prostitución? Pues, indudablemente, porque en este estado salvaje, los hombres viven en régimen de promiscuidad sexual que hace innecesaria la presencia de las mujeres destinadas a satisfacer el impulso sexual de los hombres. Muchas faces de familia presenta Morgan hasta llegar al matrimonio entre parejas. Y el matrimonio poligámico fué uno de los primeros que existió, conservándose aún su recuerdo en muchos pueblos orientales. Se asegura que primitivamente, cuando el amor era libre, los hijos no conocían sino a sus madres, siendo los verdaderos jefes de familia los tíos carnales maternos, encargados de su protección y la de la familia.

Sin embargo, todo esto no pasa de ser una serie de hipótesis sin comprobación definitiva, y el estudio de es-

tos primitivos períodos de la vida humana no ha llegado aún a su término exacto. Hay sociólogos que sostienen que la unidad social primaria fué la horda o tribu, y que sólo más tarde apareció la familia; los hijos pertenecían a la tribu. Darwin, Morgan, Spencer, que han estudiado este punto, han llegado a conclusiones semejantes, por lo cual se han aprobado como verdad inconcusa sus teorías. Es interesante ver, a este respecto, la discusión y oposición de Westermack, quien, con sobra de razones, sostiene puntos de vista diametralmente opuestos.

Pero, volviendo al punto que estudiamos, está fuera de duda que la prostitución es algo que desconocen los salvajes y que asoma cuando los pueblos adquieren ese grado de conocimiento, esa evolución espiritual que se llama civilización. La antigua China tiene ya mujeres dedicadas al comercio sexual, y la India también, y Grecia. Es curioso observar cómo la idea de la prostitución es, al principio, una idea de eminente carácter religioso. Las prostitutas son sacerdotisas al principio, y en el Japón actual, y en la India, todavía las "geishas" y las bayaderas, conservan algún sentido de su primitiva función. En Grecia, las sacerdotisas de Afrodita, hacían una escuela del amor y los hombres iban al templo de la diosa en busca de ellas.

En aquellas sociedades de influencia oriental, en que la mujer legítima guarda verdadera prisión en el hogar, la mujer que sale a la calle, que tiene trato libre con el hombre, exponiendo su belleza, es la cortesana. Es Friné o es Aspasia, que se mezcla en la sociedad, en la corte, influyendo a veces decisivamente sobre el pensamiento de los hombres públicos. Es ella también una mujer pública, que anda por las calles, no usa velos y va al templo de Venus.

Desde entonces, esta mujer camina en la historia y sus pasos van colocándose cada vez más al margen de la sociedad occidental. El concepto cambia y es una mujer perdida, resumen de todas las vergüenzas y blanco de todas las diatribas. También cambia su procedimiento: ya no es la que ejerce una función inspirada por la divinidad, ya no es la cultivadora del amor en todas sus formas, sino la mujer que hace un comercio. Que busca una ganancia en dinero. Que vende su cuerpo y sus caricias. Esto ya resulta execrable, sin importar para la idea moral que ese comercio y esa venta sean la única salvación del hambre

para mujeres de escasa inteligencia y de miserable situación.

Execrada, abominada, mal tratada, la prostitución se conserva en todas las sociedades. ¿Por qué? Beatriz Forbes Robertson Hale, explica el problema de esta manera: "La sociedad ha tolerado (salvo en algunas muy primitivas culturas), la existencia de una clase especial de mujeres destinadas a satisfacer el exuberante impulso sexual del macho. Esta clase de mujeres, aunque mal mirada, ha sido considerada necesaria e incluso se la ha proclamado como salvaguardia vital de la feminidad virtuosa".

Y llegamos a un nuevo aspecto del asunto: la necesidad de la prostitución. Las premisas de este tema serían, la irrefrenable necesidad sexual del hombre, la necesidad moral de que la mujer conserve su virtud y de que llegue íntegra a un matrimonio legítimo, la necesidad de tener una clase especial de mujeres, libres de virtud, que puedan satisfacer los instintos del hombre. En este sentido, la prostituta sería una submujer, un instrumento que se usa y se abandona cuando deja de ser indispensable, una máquina que ejecuta mecánicamente su función y que carece de inteligencia, de sentimiento, de toda característica humana. Demasiado cruel resulta la deducción y antihumano su contenido.

Hay dos factores que contribuyen a crear esta clase de mujeres. El primero sería la peculiar manera de considerar el sexo que tienen los pueblos occidentales. El sexo es palabra vedada, tabú de la cultura. Los hombres tienen el concepto cristiano de la función sexual, que arranca del "pecado original", y que continúa siendo pecado. La mujer no puede conocer el misterio del sexo y de la reproducción sino después de haber realizado un contrato ante una autoridad humana y una autoridad divina. El hombre, por el contrario, puede conocer el misterio antes de toda formalidad. La mujer que se rinde ante el sexo sin que precedan dichas formalidades, es rechazada y aislada. Su caída es un baldón. El hombre que ha hecho caer a esa mujer, queda en capacidad de ir a otra flor, y a otra, hasta que hace un matrimonio "respetable". Quedan, pues, detrás de cada hombre, una serie de mujeres cubiertas de vergüenza, que fácilmente se adaptan a su estado de aislamiento, y que resbalan cada vez más por el camino del

comercio sexual, que conduce a la prostitución. Por eso observa Schurtz, que "la prostitución tiende a organizarse en las sociedades donde los matrimonios durante la juventud son difíciles, y donde las relaciones sexuales son desaprobadas por la sociedad". El segundo factor es el económico. El hombre que deja tras sí una serie de mujeres caídas que han satisfecho su instinto clandestinamente, es un hombre por lo general de buena situación económica. Su vida es cómoda, su renta cuantiosa, su porvenir seguro. Cada una de las mujeres que quedan detrás de él es, por lo general, una mujer de clase inferior, que ha sido convencida, sin la perspectiva de matrimonio, sobre todo por la ventaja monetaria que ello le proporcionará. Y cada una de esas mujeres continuará por "la senda del pecado", impulsada poderosamente por su pobreza, por su miseria, aislada y marcada como está por la sociedad y, por lo tanto, incapacitada casi totalmente para sostener su vida en otra forma.

Por eso define Ulpiano a la prostituta como "una mujer que abiertamente entrega su cuerpo a gran número de hombres, sin elegir entre ellos y por dinero". Que sería más o menos lo mismo que dice Bonger (citado por Havelock Ellis): "son prostitutas las mujeres que venden su cuerpo para el ejercicio de actos sexuales y que hacen de ello una profesión".

Las causas, pues, de la prostitución son: una rígida actitud social frente al sexo y una desigual distribución económica en la sociedad. Como ninguna de las dos causas desaparece, tampoco desaparece la prostitución. Por eso las sociedades de tipo capitalista, han llegado solamente a la reglamentación —después de las inútiles tentativas para extirparla— de la prostitución.

Un mundo aparte es el de las mujeres malas. Un mundo aparte, dividido también en clases: desde la cortesana de lujo hasta la pobre meretriz de puerto. Pero es un mundo sin escrúpulos, audaz en las maneras y en el vestir, que por su audacia y su falta de escrúpulo ha marchado por delante de su sociedad contemporánea, y que ha influído en ella precisamente por su sitio delantero. Por eso tiene razón Schmalhausen, cuando encuentra analogías entre "las vírgenes vendimia de 1929 y las prostitutas vendimia de 1914". En ambos casos igualdad en los siguientes atributos: vestido, afeitado, lenguaje, sexuación casual, ética,

bebida, exhibicionismo, descaro, perversión, fijación sexual, culto del cuerpo, glorificación de la pasión, desprecio por el matrimonio y la maternidad.

Hay, pues, una influencia recíproca entre el mundo de la virtud y el mundo del pecado. Con la circunstancia que la mala mujer ejerce mayor atracción para la mujer virtuosa que a la inversa. Porque también el pecado tiene una atracción de cosa prohibida que seduce el espíritu de aventura y riesgo que tiene todo ser humano.

Pero no es posible considerar solamente este lado "profesional" de la prostitución. Siendo como es una forma de amor sexual, no honorable, se extiende a menudo a límites que ya no son los de la caja comercial que se señala en la definición del jurisconsulto romano. Límites que están, por consiguiente, fuera de toda honorabilidad. Y entonces tenemos aquí una paradoja demasiado fuerte, en cuya existencia nos hemos fijado todos sin llegar a definirla concretamente.

La paradoja consiste en esto: la prostitución en sí misma, la prostitución verdaderamente dicha, es una práctica clandestina, al margen de toda sociedad, consentida o perseguida por las autoridades, y que se ejerce por mujeres de bajo nivel mental y de, aún más bajo, nivel social.

Este fenómeno clandestino, consiente, por otra parte, la existencia de un ultra-fenómeno: la prostitución clandestina, una super-prostitución, que pasea su lujo y su misterio por hoteles, casinos, playas de mar, balnearios, pistas de tennis y bares de lujo. Ya, en este caso, no son pobres mujeres, sino damas de sociedad, que viven en el lujo y la riqueza, y que encuentran una válvula de su ociosidad en el placer sexual y en el darse pródigamente a muchos hombres. También es una forma de prostitución, hemos dicho, una forma que no conocen la policía ni las oficinas de Sanidad Pública. Es una prostitución particular, frente a aquella otra que se llama pública. Dos clases de degeneración sexual, colocadas en los dos extremos de la vertical social: en lo más bajo y en lo más alto. Dos clases de mujeres también. La mujer inculta, de limitados horizontes espirituales, que **vende** su cuerpo para no morir de hambre, y la mujer exquisita, acostumbrada al lujo, que **da** su cuerpo para escapar del hastío y entrar en el mundo de lo prohi-

bido. El vicio de la necesidad en el primer caso, y la necesidad del vicio en el segundo.

Es, pues, prostituta, una persona que tiene por profesión satisfacer los deseos sexuales de muchas personas del mismo sexo o de sexo diferente. En esta amplia definición se comprenden las mujeres que hacen el amor normal y las que siguen caminos extraviados. Y también los hombres. Porque también entre ellos se dan casos, más frecuentes mientras más alejada está una sociedad del tipo primitivo, de relajación sexual y de profesionalismo sexual. El tipo del chulo, del "gigolo", del "Maquereaux", del invertido, son tipos internacionales y no escasos.

Por lo demás, también dentro de lo legal se puede encontrar un aspecto de la prostitución, como lo afirma Bonger (**Criminalité et conditions économiques.**—Pág. 378). Cuando dice que "el acto de la prostitución es intrínsecamente igual a aquel de un hombre o una mujer que contraen matrimonio por razones económicas".



En el Ecuador no se han hecho estudios históricos ni sociológicos de la prostitución. Cabe suponer que los conquistadores, que emprendían "cacerías" de indias, la iniciaron en tierras de América.

Luego, durante toda la colonia, fué la india la que satisfizo el ansia sexual del encomendero en el campo y del hidalgo en las ciudades. La barragana y la moza de partido fueron siempre mujeres de piel cobriza, que a consecuencia de este desbordamiento sexual, dieron nacimiento a la población mestiza del continente. Las indias, según decisión real española, no estaban obligadas a matrimonio ni a religión alguna: no eran sino instrumentos —sin alma y sin derechos— para el placer de los colonizadores.

La crónica de la colonia, sombreada de oscuros tintes conventuales y de ingenuos fanatismos indígenas, es también una crónica picaresca. En la Presidencia de Quito se bailaba, se bebía y se amaba ruidosamente, para escándalo de Caldas y regocijo de Humboldt. El tipo de Micaelita

Villegas, la "Perricholi", también debió existir por estos contornos, en mayor o menor grado.

Con el paso del tiempo, la costumbre se va suavizando, los espíritus se recogen más hacia la sombra. Hay el temor de Dios y de la Inquisición. Pero el sexo es más fuerte que todas las admoniciones, y los hombres siguen persiguiendo indias, con más recato naturalmente, y con más piedad durante el día. Llegamos un momento en que los honestos lazos se rompen, en que los frailes cometen escándalos, en que los sótanos de los conventos albergan cadáveres de niños, en que la moral anda por los suelos. Es el momento que González Suárez nos pinta en el famoso Tomo IV de su Historia.

Desde entonces existen en las ciudades casas de pobre y desagradable aspecto, en donde mujeres indias se encargan de saciar a los varones a cambio de unos cuantos "reales". Las enfermedades prohibidas, vergonzosas, como se llaman, inician su marcha triunfal. Unas veces se llama "el mal Francés", otras se conocen con nombres más pintorescos aún. De las ciudades llevan al campo los hacendados este regalo incurable a las mujeres de servicio en las haciendas. Hasta hoy, es frecuente y natural, encontrar en el campo serrano, enormes haciendas, en cuya población indígena los patrones han dejado rastros venéreos con abundancia asombrosa.

La prostitución estaba instalada en la tierra ecuatoriana, y la hipocresía de las costumbres hizo aún más peligrosa su existencia. Era algo inaudito hablar de ella públicamente. Era inmoral para un hombre de ciencia analizarla. Y así transcurrió la vida, una vida de dos caras, pública la una —y moral, científica, religiosa, batalladora, rebelde, llena de datos para la historia—, y clandestina la otra, olvidada durante el día y buscada durante las noches —y maloliente, repugnante, tenebrosa, anatematizada—, de la colonia y de la República.

En nuestros primeros años de vida independiente, cuando los regímenes no eran sino una prolongación de la morigerada vida monacal de la colonia, la prostitución siguió siendo una cosa desconocida para las autoridades y para las personas de buena educación. La sociedad imitaba al avestruz: cerraba los ojos y escondía la cabeza para no ver el mal, y la conciencia estaba tranquila.

La prostitución y los males venéreos llegan a Quito, pues, con los españoles. No es exagerada la afirmación que dice que debemos a España "la guitarra, la baraja y el gálico".

Producida la revolución libertadora de 1895, que traía en su programa las ideas de libertad y de tolerancia, se quiso afrontar el problema de la prostitución. Y el Gobierno sometió a la legislatura de 1908 un proyecto de ley tendiente a reglamentar el ejercicio de la prostitución y a iniciar una campaña profiláctica contra las enfermedades venéreas. A pesar de lo avanzado de la hora, esa ley no fué dictada, pues se consideró que produciría una conmoción pública a causa de su evidente inmoralidad que constituía una ofensa para las costumbres de la época.

Con la creación, más tarde, de las oficinas de Sanidad Pública, se inició también una campaña contra las enfermedades venéreas, demasiado extendidas en el país para desconocerlas por más tiempo. Y de aquella campaña médica, se pasó al establecimiento de un verdadero control de la prostitución en las ciudades, control hasta cierto punto incompleto, pues la oficina respectiva carecía de los medios para realizarlo eficazmente.

Con la tesis doctoral del Dr. Zambrano, y los estudios del Dr. Garcés, tenemos datos de dos fechas distintas, sobre la prostitución en Quito. La primera fecha es el año de 1924 y la segunda es el de 1938.

Tomemos lo que puede interesarnos directamente de cada uno de estos estudios.

En la Oficina de Profilaxis Venérea tienen obligación de inscribirse las prostitutas de la ciudad. Se les registra en un libro reservado, en que consta la filiación completa de cada una, enfermedad que padece, estado de dolencia. Se le da a cada inscrita una libreta como un carnet, en que, además de los generales de identificación, se pone la fecha de la última visita a la Oficina y el estado de contagio. Concurren regularmente las mujeres inscritas, siendo pocas las remisas; a éstas se les captura por medio de agentes y se les hospitaliza o se les hace guardar prisión.

El personal de la Oficina era en 1924: el Subdirector de Sanidad, un Jefe médico, un Jefe de Bacteriología, dos auxiliares estudiantes de medicina, cuatro agentes de in-

vestigaciones. Con este personal funcionó desde su apertura en setiembre de 1921.

En 1924 había 335 mujeres inscritas, de las cuales puede hacerse una división proporcional en esta forma:

RAZA.—Mestiza	el	58,76%
Blanca	el	37,53%
Indígena	el	2,46%
Negra	el	1,23%
PROCEDENCIA.—De la ciudad		54,46%
De pueblos cercanos		42,15%
Extranjeros		3,38%
EDAD.—Menores de 18 años	el	18,46%
De 18 a 24 años	el	54,76%
De 24 a 30 años	el	15,07%
De 30 a 40 años	el	8,61%
De 40 a 50 años	el	3,07%
ESTADO.—Solteras	el	92,61%
Casadas	el	4,30%
Viudas	el	3,07%
EDUCACION.—Analfabetas	el	51,38%
OCUPACION.—Sin ocupación	el	62,15%
Trabajos diversos	el	37,84%

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Resumiendo, pues, estas estadísticas, podemos decir que, hacia 1924, la prostituta de Quito, era una mujer sin profesión regular, analfabeta, soltera, con una edad que oscilaba entre los 18 y los 24 años, procedente de los bajos fondos de la ciudad, blanca o mestiza.

En el año de 1938, el Dr. Garcés comprueba un registro de 909 y calcula un número triple de mujeres no inscritas que ejercen la prostitución. Lo cual, dice, da 3.500 prostitutas para una ciudad de 105.000 habitantes, que representa un índice bárbaramente subido, apunta el autor mencionado.

De este número, y siguiendo un orden semejante al anterior, diremos que son mestizas 557 y blancas 117. Son de Quito 434, y de provincias 448.

En cuanto a la edad, tenemos que, de 15 a 25 años hay 590 mujeres, o sea el 64,9% de las inscritas. Hay que recalcar que, en el número total, el Dr. Garcés encuentra

dos niñas de 10 a 12 años de edad, que es una noticia "ferozmente inhumana", comenta.

En lo que se refiere al estado civil de estas mujeres, encontramos algo igual que en la fecha anterior: Del número total, 847 son solteras. Por el contrario, sólo 308 son analfabetas.

Sin embargo, podemos concluir que en algo más de diez años, la prostitución en Quito ha subido en número, y ha sufrido en sus características generales variaciones prácticamente nulas. Sigue la meretriz siendo una mujer soltera, sin ocupación regular, analfabeta, con una edad que varía entre los 15 y 25 años, por lo general mestiza y blanca.

A pesar de los esfuerzos hechos, nos ha sido imposible recoger datos generales de la República. Guayaquil nos ha informado en la forma que exponremos luego, pero, es posible afirmar que exceptuando una diferencia en el número, y las características temperamentales propias del habitante de las diferentes regiones, creemos que las particularidades de la prostitución sean las mismas en todos los lugares.

Este "problema inhumano" de la prostitución existe, pues, entre nosotros, y acusando índices extraordinariamente altos. La prostituta ecuatoriana tiene en un 30%, al hombre que la explota y recoge las ganancias. No es rara la que ejerce su oficio bajo los auspicios de su madre.

La Dirección General de Sanidad, nos ha informado, con fecha 7 de noviembre de 1940, de las características de la prostituta en Guayaquil, que son como siguen:

En los registros están inscritas 1.019 meretrices, pero bajo control fijo están solamente 419. La diferencia puede obedecer a que muchas de ellas eluden la vigilancia, o se han retirado a la vida honesta o han muerto.

Del número total, se encuentra una mayor proporción de mestizas y una cantidad ínfima de indias. La clasificación racial se hace así: 812 mestizas, 134 blancas, 58 negras y 15 indias. En su totalidad puede afirmarse que son ecuatorianas, ya que extranjeras son solamente 29.

De todas esas inscripciones en el Dispensario de Profilaxis Venérea de Guayaquil, 380 mujeres proceden del cantón Guayaquil y 610 corresponden a otras localidades del país.

El tipo de la prostituta de Guayaquil es una mujer soltera, de 18 a 35 años de edad, de educación escasa o nula, perteneciente a clases bajas, sin capacidad suficiente para ganarse la vida con una profesión u oficio.

CAUSAS.—Las causas predominantes para que se forme esta zona social lindante con la delincuencia son iguales en todas partes. El Dr. Garcés dice, refiriéndose a Quito: las causas son tres: pobreza, ignorancia y mentalidad subnormal. El Dr. Norberto Jalón, médico jefe del Dispensario de Guayaquil, dice: "Las causas de la prostitución en nuestra ciudad son: la falta de educación moral y sexual, la pobreza, la ambición de lujo y comodidades que no pueden darse de otra manera; sin hábito de trabajo, son llevadas en su vagancia a la prostitución por su propia voluntad o inducidas por otras que ya ejercen el meretrício, o por rufianes, traficantes o corredores que se dedican a conseguir las para las casas de lenocinio".

SIGNIFICADO.—La prostitución humana es un fenómeno doloroso pero real. Su presencia es desagradable y repugnante, pero es además, reveladora de un malestar social de origen complejo que, sin ánimo de ofender ninguna moral, puede ser tomada como índice de una estructuración general desventajosa para la mujer. Es un hecho perfectamente demostrado el de que, en los países que han hecho una legislación protectora de las mujeres y han iniciado una educación sexual sin prejuicios, la prostitución pública ha disminuído en forma rápida y halagadora.

Es preciso anotar, sin embargo, que esos países han tenido que enfrentarse con problemas de diferente índole y no menos graves, como es el de la libertad de las relaciones sexuales y la creciente fragilidad de los matrimonios, que encarna en sí misma una inestabilidad para la familia. Los Estados Unidos dan la prueba de lo afirmado.

A pesar de todo, es de esperar que las sociedades y los Estados encuentren la fórmula adecuada para eliminar de su seno esta llaga de la prostitución y robustecer en cambio las relaciones matrimoniales y el concepto básico de la familia.

Por lo pronto, hemos terminado este capítulo general sobre la mujer, con un estudio sobre la prostitución ecuatoriana, porque, teniendo que enfrentarnos con el problema

de la delincuencia femenina, teníamos que conducir nuestro estudio hacia esa dirección. Y, después de recorrer todo el campo de la realidad femenina, era necesario llegar a los linderos de la delincuencia, que, para nosotros, están representados por la prostitución.

La prostitución femenina es un fenómeno anormal. Es en sí misma, la mayor ofensa a la más pura y noble feminidad; es negación de la maternidad, pues es el medio de los abortos constantes y de la esterilidad máxima. La prostitución es, además, una tendencia antisocial, por la negación de las características individuales y de sexo que entraña, y por la desorientación de aptitudes personales que significa.

La prostituta es persona, pobre e ignorante sí, pero sobre todo de inteligencia subnormal. Su razonamiento limitado no le permite encontrar más salida a su situación que la venta de su propia carne. También el delincuente es individuo de limitada capacidad mental, para quien la única solución es el robo o la muerte. Por eso, prostitución y delincuencia son dos fenómenos contiguos y, en cierta forma, aquella es para las mujeres, el equivalente de la delincuencia en los hombres. Se puede afirmar que las mujeres caen en la prostitución llevadas por el mismo camino y las mismas necesidades por los que el hombre llega a la delincuencia. Son, en nuestro sentir, dos fenómenos equivalentes, de igual significado y de igual procedencia.

La diferencia temperamental entre los dos sexos origina una diferencia notable en sus manifestaciones antisociales. El hombre, ser lleno de músculos recios, acostumbrado a luchar por juego o por necesidad, mata cuando tiene hambre o cuando tiene que vengar una ofensa; la mujer, hecha para el amor y determinada por el sexo, deviene prostituta cuando tiene hambre o cuando ha sido ofendida. En ambos casos, la misma incapacidad intelectual para encontrar soluciones humanas al especial caso. En ambos casos, la fuga hacia el campo de lo antisocial.

BIBLIOGRAFIA

- ELLIS, HAVELOCK: "La prostitución, sus causas, sus remedios".
—Mercure de France.—París, 1929.
- GARCÉS, ENRIQUE: "Por, para, del niño".—Quito, 1938.
- GOLDENWEISER, FORBES BEATRIZ, CAIRNS y otros: "El sexo en la civilización".—Madrid, 1930.
- WESTERMACK, R.: "Historia del matrimonio en la especie humana".—La España Moderna, Madrid.
- ZAMBRANO S., PEDRO J.: "Estudio sobre la prostitución en Quito".—(Tesis doctoral).—Imprenta Nacional.—Quito, 1924.

(Concluirá)



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL